

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

MILAGRO EN EL HOSPITAL

RENÉ FIGUEROA

EDICIÓN 2022



LOS DEL
QUINTO PISO

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2022 en el Programa de formación en escritura dramática DIDASCALIA. Es propiedad intelectual de René Figueroa. Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con el autor: renefigueroaphoto@gmail.com

René Figueroa



Fotógrafo, poeta e ingeniero civil. Fotógrafo de artes escénicas, conceptual y de calle. Diplomado por el NODE Center, Berlín, Alemania, en Fotografía Artística Contemporánea. Instructor de la Academia de Fotografía “Focus Studio”, Miami, y de la Academia de Fotografía Arca Luminis, El Salvador. Expresidente del Club de Fotografía de El Salvador-ASA2000. Ha participado en múltiples exhibiciones colectivas e individuales, dentro y fuera de El Salvador.

Gran Maestro de Poesía El Salvador, 2015. Ganador del Premio Nacional en Dramaturgia Infantil, El Salvador, 2023. Sus poemarios

han sido publicados en los libros: “La Grieta”, 2013; “Deformación de la noche”, 2019; “Por siempre viernes”, 2021, y “Apenas la orilla”, 2022. Ha participado en 15 Festivales Internacionales de Poesía, en Latinoamérica.

DRAMATURGIA
DIDASCALIA
Publicación DiGiTal

MILAGRO EN EL HOSPITAL

RENÉ FIGUEROA

DIDASCALIA
EDICIÓN 2022

Personajes:

Mujer en silla de ruedas

Federico

Cristian

Libertad

Hombre

Dos espacios. Una pequeña capilla de un hospital público, descuidada, mal pintada, con apenas unas bancas, una ventana que da a la calle, cortinas viejas, iluminada por siete bombillas, tres en cada pared lateral y una sobre el umbral del único acceso de la capilla, que no tiene puerta. Frente a las bancas hay un improvisado altar, con una imagen, en bulto, de un Corazón de Jesús, no muy grande, está colocada sobre una mesa baja, tiene una veladora y una pequeña canasta para depositar ofrendas, que tiene algunas monedas y billetes. A la par del altar, visible, un depósito para basura. El otro espacio, indefinido, quizá oscuro, quizá un tanto elevado, en el que se comunican, por medio del pensamiento, Cristian y Libertad. Es de madrugada.

En la capilla, frente a la imagen religiosa, la Mujer en silla de ruedas saca de su bolso un velo para misa, color blanco, y se lo coloca sobre la cabeza. Sostiene una camándula en sus manos.

Mujer en silla de ruedas: Por favor, Diosito, no te lo vayás a llevar, yo he sido buena toda mi vida, bien sabés que cumplo con todas las cosas de la iglesia, no me podés fallar. Yo sé que me lo vas a salvar, te prometo que ya no voy a usar ese calzón rojo para ir a misa, vaya. *(Mira la camándula y empieza un avemaría casi inaudible; sonido de ambulancia, al fondo, Federico entra sigilosamente a la capilla, se ubica a un costado de la entrada. Un tanto nervioso, observa y escucha a la Mujer en silla de ruedas, sin que ella se dé cuenta).* Y estas enfermeras que no dicen nada, solo “no sé” tienen en la boca, y lo peor es que se encachimban cuando se les pregunta. Por favor, mi Diosito lindo, no te lo vayás a llevar, él no ha sido tan mala persona, aunque tiene sus secretitos el baboso. ¡Ay, mi Diosito!, yo sé que no me vas a desamparar, vos sos amor, sos luz, estando en tus manos nada puede salir mal. *(Vuelve brevemente al rosario).* ¿Y si se muere?

Federico: Buenas noches.

La Mujer en silla de ruedas hace que no escucha y reza el avemaría casi inaudible.

Federico: Disculpe...

Mujer en silla de ruedas: *(Sin volver a ver).* Después de la medianoche ya son buenas madrugadas.

Federico: ¿Y si se muere?

Mujer en silla de ruedas: *(Lo vuelve a ver).* ¿Quién?

Federico: No sé, usted acaba de hacer esa pregunta.

Mujer en silla de ruedas: Tan cipote y tan metido.

Federico: Si alguien tiene que morir, se va a morir.

Mujer en silla de ruedas: La gente se muere solo cuando Dios quiere.

Federico: Me dijeron que aquí estaba un pariente del señor que están operando por lo del accidente.

Mujer en silla de ruedas: ¿Y vos quién sos?

Federico: ¿Usted es familiar?

La Mujer en silla de ruedas solloza.

Federico: Todos los motoristas de buses y microbuses son iguales, matan gente por deporte.

Mujer en silla de ruedas: ¿Y por qué me decís eso a mí?

Federico: A ustedes les puede salir súper más barato que arreglemos las cosas sin que se meta la policía.

Mujer en silla de ruedas: ¿Y vos quién sos?

Federico: Yo no soy nadie, solo sé que les va a tocar pagar.

Mujer en silla de ruedas: Dicen que al motorista no le pasó nada; pero, como siempre, fue el primero en salir huyendo. Hay quienes dicen que la vieja que iba manejando el carro fue la que se pasó el semáforo. Desgraciada. Dicen que está con pronóstico reservado, igual que mi esposo.

Federico: Más respeto, por favor.

Mujer en silla de ruedas: Respeto tuvo que haber tenido ella, todo apunta a que es la culpable.

Federico: Mi mamá no tiene la culpa de nada.

Mujer en silla de ruedas: Dame paciencia, Diosito.

Federico: ¿Diosito? *(Ríe)*.

Las luces de la capilla tiritan momentáneamente, y se apaga de manera definitiva la primera de las siete bombillas. Es una de las que están en las paredes laterales.

Desde el otro espacio.

Cristian: *(Viendo en dirección de la capilla).* ¿Y ese chamaco qué le estará diciendo a aquella?

Libertad: ¿Quién anda ahí?

Cristian: Yo... el que está en la sala de operaciones que está a la par de donde la tienen a usted.

Libertad: ¡¿Cómo?!

Cristian: ¿Qué no se da cuenta?

Libertad: ¿De qué?

Cristian: Mire a su alrededor, ¿acaso ve algo conocido?

Libertad: Yo no veo nada en esta gran oscurana.

Cristian: Ya se va a acostumbrar.

Libertad: ¿Qué hace usted aquí?

Cristian: Mejor pregúntese qué es lo que usted está haciendo aquí.

Libertad: ¡¿Dónde putas estoy?!

De nuevo en la capilla.

La Mujer en silla de ruedas sigue con su camándula y el avemaría casi inaudible. Federico revisa su teléfono. Nervioso, hace el intento de salir; pero se regresa, inquieto.

Federico: *(Con voz suave).* Dicen que uno de los dos ha entrado en paro.

Mujer en silla de ruedas: ¿Cómo decís?

Federico: Que uno de los dos ha entrado en paro.

Mujer en silla de ruedas: ¿Quién dice eso?

Federico: Un conocido que trabaja haciendo la limpieza me acaba de escribir; pero, ajá, dice que no se sabe quién de los dos ha sido.

Mujer en silla de ruedas: Diosito, por favor, no te lo vayas a llevar. La gente dice que, en momentos como este, solo queda encomendarse a Dios; pero decirlo es bien fácil. *(Pausa. Se quita el velo de misa. Vuelve a hablarle a la imagen).* ¿Y qué voy a

hacer yo sola arrastrándome en esta babosada? No es fácil, todo el mundo me mira con lástima. *(Desplazándose hacia la salida).*
Voy a ver qué dicen estas enfermeras.

Federico: Nada va a cambiar con ir a preguntarles, si alguien se tiene que morir, se va a morir.

Mujer en silla de ruedas: *(Se detiene).* ¿Aunque sea tu mamá?

Federico: El papa puede ser.

La Mujer en silla de ruedas se pone nuevamente el velo de misa, regresa a la imagen religiosa y vuelve al avemaría casi inaudible.

Federico: ¿Y usted piensa que rezándole a ese pedazo de madera pintada se va a salvar su pariente?

Mujer en silla de ruedas: *(Vuelve a ver por un momento a Federico, se quita el velo y luego se dirige a la imagen).* Entonces, ¿no me vas a hacer el milagro? A ver cómo me vas a sacar de esta. Tanto año de ir a las procesiones, que el Santo Entierro, que la del Silencio, que no sé qué. Años de dar catequesis, ¿y ahora qué? *(Pausa. Se pone nuevamente el velo. Entre sollozos).* Perdoname, Diosito, ya ni sé lo que digo. Es la angustia la que me hace hablar tonteras. Te prometo que ya no me voy a echar esos traguitos que siempre le robo al padre Infante. *(A Federico).* Y vos, ¿pensás que juzgando a la gente se va a salvar tu nana?

Federico: Lo dice la que duda de su dios.

Mujer en silla de ruedas: Yo no... no dudo. E... estoy... segura de que... me va a hacer el milagro. *(Breve pausa).* No sería la primera vez.

Federico: Ah, es cliente frecuente.

Mujer en silla de ruedas: ¡Insolente!

Federico: Dígame algo que no sepa.

Mujer en silla de ruedas: Que Dios te ama.

Federico: Ni Dios ni el amor existen.

Mujer en silla de ruedas: *(Acercándose y dirigiéndose a la imagen religiosa).* ¿Y me mandás a este cipote como castigo extra o para ponerme a prueba? *(A Federico).* Insolente.

Silencio incómodo.

Mujer en silla de ruedas: *(Bajando la voz).* ¿Y si tiene razón este cipote?

Tiritan las luces de la capilla. Se apaga la segunda bombilla, es otra de las que están en las paredes laterales.

Desde el otro espacio.

Libertad: Pero, ¿cómo puede ser posible esto?

Cristian: Cuesta aceptarlo.

Libertad: Le insisto, yo no tuve la culpa, fue la Coaster la que se...

Cristian: Descuide, nuestro Señor Jesucristo es bueno y perdona todo, incluso que usted no me quiera decir cómo se llama. *(Ríe).*

Libertad: *(Ríe).* A veces ni yo misma sé cómo me llamo. *(Breve pausa).* ¿Y por qué no puedo verlo?

Cristian: Yo tampoco puedo verla a usted; pero sí podemos verlos a ellos. *(Señala hacia la capilla).* Y a los doctores que nos están operando. *(Señala hacia el lado opuesto de la capilla).* Si tan solo pudiéramos oír lo que están diciendo. ¿Ya se dio cuenta de que usted y yo solamente podemos comunicarnos...?

Libertad: ¿Con el pensamiento? *(Breve pausa).* Mire, no entiendo nada, si a los que están operando se supone que somos usted y yo, entonces, ¿quiénes somos nosotros?

Suena el teléfono de Federico, lo contesta mientras sale de la capilla para que la Mujer en silla de ruedas no escuche la llamada. Ella finge rezar mientras intenta, sin éxito, escuchar la llamada.

Federico: ¿Qué ondas, loco?... No lo creo, parece que su pariente no era el que iba manejando... No, nada que ver, ni tiempo me dio de decirle con cuánto... Ni modo, hay que seguirle la pista al motorista. Voy a seguir viendo qué ondas con esta maitra, a lo mejor le saco algo... No te clavés, no te voy a fallar. Va pues.
(Cuelga y regresa a la capilla. Pausa).

Federico revisa nuevamente el teléfono, le ha caído un mensaje de texto.

Federico: Dicen que lo del paro ha complicado aún más la cirugía.

Mujer en silla de ruedas: ¡Dios mío!, ¡no puede ser! *(Vuelve al avemaría casi inaudible).*

Federico: Ya va con su “Dios mío”.

Mujer en silla de ruedas: *(En tono casi maternal).* ¿Por qué estás tan amargado, cipote?, si apenas estás empezando a vivir.

Federico: ¿Empezando a vivir? ¡Casi tengo 18!

Mujer en silla de ruedas: Y parece que tenés 81. ¿Que acaso te botaron de chiquito?

Federico: Fijese que yo no soy hijo suyo para que me hable así.

Mujer en silla de ruedas: Ni Dios lo quiera. Tener un hijo como vos ha de ser como...

Federico: Y tener una mamá como usted ha de ser peor que...

La Mujer en silla de ruedas lo ignora y vuelve al avemaría casi inaudible.

Federico: Pobrecitos sus hijos.

La Mujer en silla de ruedas sigue con el avemaría.

Federico: ¿Por qué no están aquí?

Silencio.

Mujer en silla de ruedas: ¿Y vos por qué estás aquí? Ah, porque me querés sacar dinero mientras tu mamá se debate entre la vida y la muerte. ¡Qué hijo, Dios mío! ¿O me vas a decir que tu papá te ha mandado? ¡Qué sinvergüenza!

Federico: Simplemente soy pragmático.

Mujer en silla de ruedas: ¿Y eso con qué se come?

Federico: Estábamos en lo de sus hijos...

Mujer en silla de ruedas: Los hijos solo sirven para truncarle los sueños a uno.

Federico: Mi mamá no ha dejado de cumplir sus sueños.

Mujer en silla de ruedas: ¿Cómo podés estar tan seguro?

Federico: ¿Y usted los ha cumplido todos?

Mujer en silla de ruedas: Solo sos boca.

Federico: Es sinceridad, señora, algo que a usted le falta.

Mujer en silla de ruedas: El comal le dice a la olla.

Federico: Siga creyendo que por ir a esas procesiones se le va a salvar su esposo, ¿tan buena gente se cree?

Mujer en silla de ruedas: Más que vos, tenelo por...

Federico: Y si es tan buena gente, ¿por qué está en esa silla de ruedas?

Mujer en silla de ruedas: ¿Que no conocés la palabra respeto?

Federico: ¿O me va a decir que no tiene secretitos, como su esposo?

Mujer en silla de ruedas: ¿Y vos quién te has creído?

Federico: ¿Nunca le ha dado una mala mirada a alguien en su vida?

Mujer en silla de ruedas: Dejame en...

Federico: ¿Me va a decir que nunca le ha gustado otro hombre?

Mujer en silla de ruedas: ¿Cómo te atrevés a...?

Federico: De seguro ni alcohol ha probado, ni un cigarro. Casta y pura, como diría mi mamá.

Mujer en silla de ruedas: Insolen...

Federico: ¿Y la conciencia cómo la tiene?

Mujer en silla de ruedas: Sos un...

Federico: ¿Me va a decir que nunca ha pecado?

Mujer en silla de ruedas: Toda la...

Federico: *(Ríe)*. Como es súper fácil buscar al cura y confesarse, ¿veá?

Mujer en silla de ruedas: Sos de lo...

Federico: Le apuesto a que es incapaz de aceptar un tan solo pecado, ¡uno solo!, ajá, por eso tanta onda con la iglesia. Por eso...

Mujer en silla de ruedas: ¡¡¡Ya!!! *(Pausa)*. Sé que no he sido una santa, pero hay cosas que uno decide llevárselas a la tumba. *(Pausa)*.

Federico: No me lo tome a mal, tranquila. Respire hondo, sáquelo. Se va a sentir mejor, téngame confianza.

Mujer en silla de ruedas: ¿Cómo querés que no lo tome a mal? La confianza se gana.

Federico: Mire, los dos estamos en la misma situación, estamos nerviosos. Lo siento si...

Mujer en silla de ruedas: No creo que lo sintás, creo que ni lo de tu mamá sentís.

Federico: ¿No cree en el arrepentimiento?

Mujer en silla de ruedas: ¿Y vos creés en los milagros?

Federico: *(Se la acerca)*. Lo que creo es que se va a sentir mucho mejor si me cuenta eso que dice que se quiere llevar a la tumba. De verdad, discúlpeme.

Federico enciende un cigarrillo, luego le ofrece uno. Ella, dudando, se lo acepta. Federico se lo enciende, fuman al mismo tiempo. Pausa.

Mujer en silla de ruedas: Nunca se lo he dicho a nadie, ni siquiera mi esposo lo sabe. *(Pausa. Fuma).* Pudo más mi sueño de ser bailarina. *(Pausa. Se le humedecen los ojos. Dirigiéndose a la imagen religiosa).* Diosito, salvámelo, por favor. *(Breve pausa).* ¿O no me vas a hacer el milagro?

Tiritan las luces de la capilla. Se apaga la tercera bombilla.

Desde el otro espacio.

Libertad: Aunque no me lo crea, tengo el nombre de algo que no existe.

Cristian: ¿Cómo dice?

Libertad: Me llamo Libertad.

Cristian: ¿Libertad?

Libertad: Por eso le digo que tengo el nombre de algo que no existe. ¿Cuántas personas conoce usted que se llamen así?

Cristian no contesta.

Libertad: Yo solo sé de esa actriz, Lamarque, aunque a ella no la conozco en persona, claro.

Cristian: Así se llama... *(Titubeando).* Una amiga...

Libertad: *(Viendo en dirección de la capilla).* Ese muchacho le da un aire a mi hijo.

Cristian: Ah, tiene un hijo.

Libertad: No me queda claro si usted iba manejando la Coaster.

Cristian: Ya le dije que no. ¿Y usted a qué se dedica?

Libertad: Tengo una agencia de *courier*.

Cristian: No puede... ¿agencia, dice?

Libertad no dice nada.

Cristian: ¿Libertad?... ¿Libertad Hurtado?... ¡¿Sos vos?!

De nuevo en la capilla.

Mujer en silla de ruedas: ¿Ateo? *(Ríe)*. Ni has de saber qué significa eso.
Ahora te toca a vos.

Se escuchan unos truenos, relámpagos en la ventana. Sonido de ambulancia, al fondo.

Federico: ¿Qué?

Mujer en silla de ruedas: Andás solo, ¿por qué no ha venido tu papá? ¿O él te hizo esa llamada?

Federico: Me gusta andar solo.

Mujer en silla de ruedas: La soledad es traicionera. A mí se me hace que tu tata es de esos bolitos chichipate, y bien doblado ha de estar en alguna cuneta. *(Ríe)*. No me hagás caso, cipote.

Federico: Ya va con sus palabras raras.

Mujer en silla de ruedas: Lo que sí se nota es que te han hecho falta unas buenas cachimbeadas, sos muy respondón.

Federico: ¿Y ahora va a decir que es pecado responder preguntas?

Mujer en silla de ruedas: ¡El octavo pecado capital!

Federico: Como dijo Buñuel: “Soy ateo, gracias a Dios”

Mujer en silla de ruedas: ¿Buñuelos, decís? Ya me dio hambre *(Saca de su cartera un paquetito de galletas, empieza a comerse una, y luego le ofrece una a Federico. Él se la rechaza. Ella sigue*

comiendo). Ya vas a empezar con eso otra vez, le has de tener tanto miedo a Dios que te sale más fácil decir que no existe. Mejor decime por qué no ha venido tu papá.

Federico: Es la verdad.

Mujer en silla de ruedas: Pero bien que entraste a la capilla, se me hace que agarraste de pretexto lo del dinero para darte una vuelta y pedir a escondidas por tu mamá... como si yo hubiera nacido ayer, yo no me trago esos cuentos, cipote. Veamos de qué estás hecho, hijo de papi, a-te-o, mejor que me dé risa, antes de que te...

Federico: *(Con voz suave)*. Está muerto.

Mujer en silla de ruedas: ¿Quién?

Federico: ¿Y por quién me está preguntando?

Mujer en silla de ruedas: ¿Iba en el carro con tu mamá?

Federico: Yo estaba chiquito, no me acuerdo de él.

Mujer en silla de ruedas: Lo siento, cipote.

Federico: Mentira, no lo siente.

Mujer en silla de ruedas: ¿Te hace falta?

Federico: ¿Y a usted le hace falta alguien? Ya no dijo nada de sus hijos.

Mujer en silla de ruedas: Me hace falta mi esposo, y más falta me va a hacer si se muere; así como he quedado, solo que trabajara de probadora de sillas de ruedas.

Federico: Entonces no le va a hacer falta él, lo que le va a hacer falta es su...

Mujer en silla de ruedas: ¡Callate!

Federico: La verdad duele.

Mujer en silla de ruedas: También la mentira.

Federico: Mientras no se descubre, no duele. A su esposo no le duele eso que usted le ha ocultado *(con insinuación)*; pero si lo llegara a saber, entonces sí le dolería, ¿veá?

Mujer en silla de ruedas: Se ve que a vos lo que te va a doler es que no te vamos a pagar ni cinco, porque mi esposo no iba manejando esa babosada.

Federico: Eso está por verse.

Mujer en silla de ruedas: Y además sos necio. De verdad que te hizo falta un tata.

Federico: Mi mamá ha sido también mi papá.

Mujer en silla de ruedas: Sí, cómo no, y mi esposo ha sido también mi hijo.

Federico: *(Siguiéndole el juego).* O sea que su esposo se casó con su propia mamá.

La Mujer en silla de ruedas vuelve al avemaría casi inaudible.

Empieza a llover suave.

Mujer en silla de ruedas: Por cierto, ¿cómo se llama tu mamá?

Federico: Ella siempre dice que tiene el nombre de algo que no existe.

Mujer en silla de ruedas: ¿Democracia?

Federico: Usted parece un libro de chistes malos.

Mujer en silla de ruedas: También podría llamarse fidelidad.

Federico: ¿Su esposo le ha dado baje alguna vez?

Mujer en silla de ruedas: Eso es como preguntar si los políticos son corruptos.

Federico: O si a los curas le gustan los niños, ¿no?

Mujer en silla de ruedas: ¡Dejá en paz a los curas!

Federico: ¿Y cómo se dio cuenta?

Mujer en silla de ruedas: ¿De qué?

Federico: No se haga.

Mujer en silla de ruedas: Cuando quedé así *(señalando sus piernas)*, lo primero que pensé es que se iba a conseguir a otra y me iba a

dejar. Pasaron los meses y no me dejó, después de varios años, le empecé a sentir ese tufo que echan los hombres cuando han estado con otra mujer. En esos días, le puse a un hombre que lo siguiera. Se veía dos veces por semana con una cipota como de unos diecinueve años. Nunca llegué a conocerla, solo me averiguaron el nombre. Me lo tuve que tragar, no me quedaba de otra. *(Breve pausa. Mira hacia la ventana)*. Esta lluvia me da mala espina.

Federico: Menos mal que dice que su esposo no es tan mala persona.

Mujer en silla de ruedas: Pudo haber sido peor, ya llevamos más de treinta años juntos. La sigue viendo, hace como un año le volví a poner a alguien que lo siguiera, la misma mujer, siempre dos veces por semana. Ahora sé un poco más de ella, no le ha ido mal en la vida a la desgraciada. *(Pausa)*. Me está dando frío. Se me hace que vos vas a hacer dinero en la vida, así como evadís lo del nombre de tu mamá, seguro que vas a hacer dinero. ¿Tan feo se llama?

Federico: Para hacer bolas no es necesario evadir impuestos, mi mamá es un ejemplo.

Mujer en silla de ruedas: Así como la pintás, tu mamá es una santa.

Federico: Después de que murió mi papá, puso un negocio de encomiendas. Ahora, tiene una empresa de *courier* internacional.

Mujer en silla de ruedas: ¿Híjole, y dónde la tiene?

Federico: En Santa Elena.

Mujer en silla de ruedas: *(Con sorpresa)*. ¿Santa Elena?

Federico: Ese su secreto ha de ser algo serio, ¿qué puede ser tan grave?

La Mujer en silla de ruedas no contesta.

Federico: ¿No cree que usted quedó así, como castigo por lo que hizo?

La Mujer en silla de ruedas no contesta.

Federico: Y lo de su esposo con esa mujer, ¿tampoco lo ve como castigo?

Mujer en silla de ruedas: ¿Y tu mamá, por casualidad, no se llama Libertad?

Federico la mira con asombro; pero no contesta.

Mujer en silla de ruedas: ¿Anda en un carro verdoso?

Federico, inquieto, guarda silencio.

Mujer en silla de ruedas: ¿Pelito corto, delgada, doble camanance cuando se ríe, no se quita los lentes de sol, no usa faldas, ni vestidos, y tiene un tatuaje pequeño en un hombro?

Federico continúa inquieto, en silencio.

Mujer en silla de ruedas: El que calla otorga.

Federico: Usted está loca.

Mujer en silla de ruedas: Aquí la que está loca se llama Libertad. Ahora resulta que la santita es una gran...

Federico: ¡Ni se le ocurra ofenderla!

Mujer en silla de ruedas: ¿Ofenderla? Aquí la única ofendida soy yo. Pero hoy sí las va a pagar, tantos años que he pasado aguantándole ese tufo a mi esposo. ¡Ay, cipote!, esa tu madrecita es una...

Federico: ¡¡¡Cállese!!!

Mujer en silla de ruedas: Pues no me callo, vos has estado poniendo en duda mi fe. ¿Y la tuya? Ah, claro, como el cipote supuestamente es ateo... miedoso es que sos. Le tenés un gran miedo a la

verdad, a la existencia de Dios... sabés que si tu mamá se muere hoy es porque Dios te está castigando por no creer en él, y eso te hace zurrarte del miedo.

Federico: *(Nervioso)*. Usted la ha de estar confundiendo.

Mujer en silla de ruedas: ¿Querés más pruebas? ¿Sabés qué hace tu mamá los martes y los viernes, entre las seis y las nueve de la noche?

Federico: No tengo por qué controlarla.

Mujer en silla de ruedas: Pero no me vas a dejar mentir, nunca está en tu casa esos días, a esas horas. ¿Sabés por qué? ¡Exacto! Porque mi esposo tampoco está en mi casa esos días a esas horas. Hoy es viernes, cipote, ponele coco. *(Breve pausa)*. Y ese dije en forma de corazón que nunca se quita, ¿quién creés que se lo regaló?

Federico: A usted la lluvia la está volviendo loca. Quizá estaba lloviendo el día que hizo eso que tanto oculta.

Mujer en silla de ruedas: La verdad duele, cipote, dejá de estar suponiendo cosas.

Federico: Ahora se roba mis frases.

Mujer en silla de ruedas: Y a saber qué otras cosas está pagando la desgraciada. Dicen que por un tecnicismo salió libre por lo de tu papá.

Federico: ¿Qué está tratando de decir?

Mujer en silla de ruedas: No te hagás el maje, no que muy inteligentito. *(Breve pausa)*. ¿Nunca te has preguntado si él era tu verdadero papá?, ¿no será que Cristian...?

Federico: ¡¡¡Cállese!!!

Empieza a llover un poco más fuerte.

Tiritan las luces de la capilla. Se apaga la cuarta bombilla.

Cristian: *(Airado)*. ¿Pero qué andabas haciendo en esa zona a esa hora? Se suponía que nos íbamos a ver más tarde porque ibas a pasar a la casa de tu mamá.

Libertad no contesta.

Cristian: ¿Y cómo es eso de que tenés un hijo?

Libertad: En lugar de darle gracias a tu dios porque todavía no me he muerto, te ponés a reclamar cosas. De nada te ha servido ser el pastor de esa iglesia por tantos años.

Cristian: No metás a la religión en esto. Vos no tenés solvencia moral para hablar de religión.

Libertad: Qué conveniente, en el culto sos una cosa, y en la vida privada, otra. Hasta un cura es menos hipócrita que vos. Ya ni te creo eso de que todos estos años has podido llevar la fiesta en paz con tu esposa, con eso de que ella es súper católica. Ese cuento de que estaban jóvenes y que se casaron solo por lo civil, para llevarle la contraria a sus familias, ha de ser una gran mentira.

Cristian: Podés pensar lo que se te venga en gana, es claro que nunca vas a entender que dos personas pueden ponerse de acuerdo para no hablar sobre ciertos temas, y asunto resuelto. *(Pausa)*. Pero no me cambiés de tema, ¿qué andabas haciendo en esa zona?

Libertad: ¿Acaso alguna vez te he preguntado yo para dónde vas o de dónde venís?

Cristian: ¿Y eso te da derecho a mentirme?

Libertad: ¿Y cómo es eso de que “así se llama una a-mi-ga”?

Cristian: ¿Y cómo querías que dijera, “así se llama mi a-man-te”?

Libertad: No te preocupés, yo sé bien cuál es mi puesto. Nunca tuviste el valor de dejarla.

Cristian: ¿Querías que la dejara estando paralítica? Era una cuestión de humanidad. Y vos nunca tuviste el valor de decirme que tenés un hijo.

Libertad: ¿Nunca has dicho mentiras piadosas?

Cristian: ¿Piadosas? Como decirme que estabas donde tu mamá.

Libertad guarda silencio.

Cristian: ¿Alguna vez me has amado?

Libertad: ¿Y vos aún amás a tu esposa?

Cristian: De seguro a ver a un tu amante ibas.

Libertad: ¿Amante? Ah, sí, como nosotros estamos bien casaditos, ¿verdad?

Cristian: Los acuerdos se respetan, desde un inicio te fui claro. Vos sabías de mi situación familiar, no me vengás ahora con reclamos.

Libertad: Yo no recuerdo haberte prometido fidelidad.

Cristian: Entonces, lo aceptás.

Libertad: ¿Es lo único que se te ocurre que andaba haciendo? ¿No te das cuenta que el accidente fue cerca de esa zona médica?

Cristian: Viniendo de vos, con esa tu forma liberal de ver la vida, perdón, esa forma “espiritual” de ver la vida, como vos decís, ¿qué otra cosa puedo pensar?

Libertad: ¿No se te ocurre que podría haber ido a hacerme una prueba de embarazo?

Llueve más fuerte.

Federico: Ella no lo mató. Aquí la que tiene sus pecados ocultos es usted, y los está pagando en vida, en silla de ruedas y dependiendo de un marido infiel. ¿Qué le viene después?

La Mujer en silla de ruedas no contesta.

Federico: No, señora, a mí no me venga con inventos. Primero arregle su vida. Por gente como usted es que las iglesias se están quedando vacías.

Truena y relampaguea. Silencio largo.

A Federico le suena el teléfono, sale de la capilla a contestar.

Federico: *(Mirando el teléfono, pero sin contestarlo).* Qué ganas de joder este maje, ¿que no entendés que no te quiero contestar? *(El teléfono deja de sonar. Pausa. Pensativo).* Tengo que conseguir esas bolas, si no, este loco es capaz de... *(Le suena nuevamente el teléfono. No contesta).* Puta, qué joder, qué se me hace que un día de estos voy a amanecer...

Suena nuevamente el teléfono. Federico contesta inmediatamente.

Federico: Mirá, maje, ya le saqué algo de información. Teneme paciencia... Ah, perdón, perdón, pensé que era otra persona... ¿Y ahora qué pasó?... ¿Y está completamente seguro de que es ella?... Entiendo, gracias. *(Cuelga, y, nervioso, entra lentamente en la capilla).*

La Mujer en silla de ruedas reza el avemaría casi inaudible. Sonido de ambulancia en el fondo.

Federico: Dicen que mi mamá acaba de entrar en paro.

Mujer en silla de ruedas: Tenés que ser fuerte, cipote.

Federico: Lo va a superar.

Mujer en silla de ruedas: Todos tenemos momentos de debilidad, ¿me vas a decir que nunca se te ha corrido una lágrima?

Federico guarda silencio.

Mujer en silla de ruedas: Aquí no es necesario hacerse el machito, estamos en la casa de Dios. Nadie se va a burlar de vos por una lloradita o porque te sintás triste. Esas cosas son normales cuando le pasa algo grave a la gente que queremos, ¿o no querés a tu nana?

Federico guarda silencio.

Mujer en silla de ruedas: Yo creo que sí la querés.

Federico: ¿La casa de Dios? *(breve pausa)*, la casa del adiós, tal vez.

Mujer en silla de ruedas: Vos todavía estás en la edad en que te da pena decirles a tus papás que los querés y que te vean con ellos, ¿verdad? Yo creo que solo sos un poco berrinchudo, en el fondo has de tener un gran corazón.

Federico: Ella va a estar bien... de verdad, es muy fuerte... eso se lo aprendí y me ayudó mucho cuando... cuando yo estaba chiquito... porque me tocaba quedarme bastante tiempo solo en casa y... *(Breve pausa)*. A veces se lo reclamo, pero siempre me cambia la plática.

La Mujer en silla de ruedas intenta hacer contacto con la mirada de Federico, él la evade.

Mujer en silla de ruedas: ¿Ya ves que no es tan difícil? Desahogate del todo, ya vas a ver que se siente bien, vos mismo lo has dicho.

Federico: No sé de qué habla.

Mujer en silla de ruedas: Sí sabés. *(Saca de su bolso una pequeña biblia y se la ofrece. Él se aleja un poco).*

Silencio.

Mujer en silla de ruedas: ¡Ay, cipotel!, no creer en Dios trae consecuencias.

Federico: No pierde el tiempo, señora.

Mujer en silla de ruedas: Todo se paga en esta vida.

Federico: Lo dice por experiencia.

Mujer en silla de ruedas: Claro, por la experiencia de saber el tipo de persona que es tu mamá, por la mera casualidad de que es la amante de Cristian.

Federico: Vaya, soltó el nombre, debería tener más cuidado con lo que dice, no vaya a ser...

Mujer en silla de ruedas: Tus amenazas me van y me vienen, si solo sos un cipote miedoso. ¿Creés que no me he dado cuenta de lo nervioso que te ponés cuando te caen esas llamadas?

Federico: ¿No será usted la que tiene miedo de que yo diga algo?

Mujer en silla de ruedas: Ya sabía que no eras de fiar.

Federico: Para mí está claro lo que usted hizo.

Mujer en silla de ruedas: Sí que vuela tu imaginación, cipote, deberías dedicarte a escribir discursos presidenciales. *(Breve pausa).* Miedoso.

Federico: La miedosa va a ser usted cuando su esposo se dé cuenta *(haciendo énfasis)*, por casualidad, de lo que usted le ha estado ocultado todo este tiempo.

Mujer en silla de ruedas: *(Nerviosa).* Sos un desgraciado.

Federico: ¿Ya se está arrepintiendo? No son inventos míos, son cosas que, ajá, usted ha venido diciendo bien claro.

Mujer en silla de ruedas: Mejor dame otro cigarro.

Federico: Ha venido evitando hablar de sus hijos...

Mujer en silla de ruedas: ¿Seguro que no querés una galletita?

Federico: Dijo que los hijos solo sirven para truncarle los sueños a uno.

Mujer en silla de ruedas: No tergiversés...

Federico: Luego, dijo que pudo más su sueño de ser bailarina. ¿Ahora sí ve que está claro?

Mujer en silla de ruedas: ¡Esto es el colmo!

Federico: Pobrecita, no ha de ser fácil cargar con una culpa de ese tamaño.

Mujer en silla de ruedas: Por este tipo de cosas es que te castiga Dios, cipote. Te quedaste sin tata y ahora te vas a quedar sin nana. Pensalo, ¿qué otras cosas malas te están pasando en la vida? Todo es por una razón. Aunque sea una cora de ofrenda deberías echar ahí. *(Señala la pequeña canasta para ofrendas).*

Federico: Puede ser que mi mamá esté grave en este momento; pero, ajá, estoy seguro de que va a salir bien, ¿sabe por qué? Es fácil: según usted, como yo no soy creyente, mi mamá se va a morir. Entonces, si mi mamá sobrevive, esa debería ser la mayor prueba de que Dios no existe. Mire, estoy tan seguro, que le puedo apostar a que ella no se muere.

Mujer en silla de ruedas: ¿Y qué apostás?

Federico: Si se muere, prometo que me vuelvo creyente inmediatamente, y empiezo a rezarle a esa imagen.

Mujer en silla de ruedas: Vaya, parece que estás muy seguro. ¿Y si no se muere?

Federico: Usted deja de creer en Dios.

Mujer en silla de ruedas: ¿Qué yo deje de creer en Dios? (*Ríe intensamente*). ¡Ay, cipote!, es más fácil que un día llegemos a tener un buen gobierno. Solo sos gangas, ¿no se te ofrece algo más? (*Ríe*). Que deje de creer en Dios, ¿no querés que vuele, también? (*Pausa*).

Llueve intensamente. La Mujer en silla de ruedas está frente a la imagen. Se escucha un trueno muy cerca, y ocurre un apagón en todo el hospital. En la capilla solo queda encendida la vela de la imagen religiosa.

Mujer en silla de ruedas: Vaya babosada, solo esto nos faltaba. ¡Qué diluvio este!

Federico enciende la linterna de su celular.

Federico: (*Se asoma a la ventana*). Parece que es en toda la zona.

Mujer en silla de ruedas: Y de seguro en la sala de operaciones también se quedaron sin energía.

Federico: Ahí deben tener planta eléctrica.

Mujer en silla de ruedas: ¿Planta eléctrica? ¡Ay, cipote!, cómo se te nota la juventud. ¿Que no ves que estamos en un hospital público? Si aquí a duras penas tienen camas, ya van a tener planta eléctrica. Mirá esta capilla, ¿vos creés que siempre ha sido capilla? Aquí de seguro alguna bodega de la morgue era, medio la han pintado y le han puesto esos focos de mala muerte que a cada rato pispilean, ¿ya viste que se han ido quemando uno por uno? Lo que de verdad hace que este cuartucho sea una capilla es la presencia de nuestro Señor. (*Se persigna viendo a la imagen religiosa*). Estos hospitales son de lo peor, y las enfermeras, ¡ay, esas “benditas” enfermeras!, tan amargadas. Y esos doctores que

a puras regañadas lo quieren curar a uno, bueno, como ni medicinas hay, por lo menos se rebuscan con los regaños.

Federico escribe en su celular.

Federico: *(Da un vistazo a la capilla).* ¿Ya se dio cuenta de que son siete focos?, pareciera que es uno por cada pecado capital, ya se quemaron cuatro, ¿tantos pecados tiene?

Mujer en silla de ruedas: Te va a caer un rayo, cipote. Si esos focos se quemaran cada vez que hablás en mal de Dios, ya hubiéramos tenido que ir a comprar unas tres docenas.

Federico: En lo que sí estoy de acuerdo es en lo del cuartucho. *(Revisa el celular, le ha caído un mensaje. Pausa).* Dicen que tampoco hay luz en las salas de operaciones.

Mujer en silla de ruedas: Te lo dije. *(A la imagen religiosa).* ¡Ay, Dios mío!, apiadate de nosotros, por favor.

Federico: Lo que se andan buscando estos es una buena demanda.

Mujer en silla de ruedas: Solo en dinero pensás, ¿y a tu mamá dónde la dejás?

Federico: Ya le dije que ella va a estar bien.

Mujer en silla de ruedas: La única forma de estar bien es bajo la protección de nuestro Señor.

Federico: Pero bien muerto.

La Mujer en silla de ruedas vuelve al avemaría casi inaudible.

Mujer en silla de ruedas: ¿Y si se mueren los dos?

Federico: Si alguien se tiene que morir, se va a morir.

Mujer en silla de ruedas: ¿No podés dejar de estar a la defensiva, aunque sea un momentito?, ¿que no ves que tu mamá y mi esposo pueden estar en alto riesgo de muerte con este apagón?

Federico: ¿Y qué quiere que haga?

Mujer en silla de ruedas: Que me des un abrazo.

Federico: ¿No quiere que vuele, también?

Mujer en silla de ruedas: Volemos, pues.

En la capilla y en el otro espacio, simultáneamente. Nadie vuelve a ver a nadie, los cuatro miran como al horizonte.

Federico: Volar está sobrevalorado.

Libertad: Creo que estoy a punto de volar.

Mujer en silla de ruedas: Volar es libertad.

Cristian: Como las aves.

Libertad: Como los hijos.

Mujer en silla de ruedas: Como mis piernas.

Cristian: Como los sueños.

Federico: Como mi madre.

Libertad: Como tener el nombre de algo que no existe.

Mujer en silla de ruedas: Como llamarse Paz.

Todos: ¡Libertad!

Pausa.

Libertad: Pueden más tus celos que el supuesto amor que me tenés, estás viendo lo del apagón y seguís preguntando que qué andaba haciendo. Esos doctores no hacen milagros. ¿Acaso no ves que en cualquier momento nos podemos morir?

Cristian: Si alguien se tiene que morir, se va a morir.

Libertad: ¿De dónde sacaste eso?

Cristian: ¿Ibas a hacerte la prueba o venías de hacértela?

Libertad: ¿No te da curiosidad saber el nombre de mi hijo?

Cristian: ¿Estás embarazada o no?

Libertad: ¿Te acordás de la primera noche que pasamos juntos en la playa? De eso hace unos dieciocho o diecinueve años...

Cristian: ¿Cuánto tiempo tenés?

Libertad: ¿Nunca te preguntaste por qué me desaparecí todo un año de tu vida? ¿O me creíste el cuento de mi retiro espiritual a la India?
(*Ríe*).

Cristian: ¿Y es mío?

Libertad: ¿Por qué diablos no tuviste hijos con tu esposa?

Cristian no contesta. Breve pausa.

Libertad: De cariño le digo Friedrich. (*Sonríe*). Es que se la pasa leyendo a Nietzsche, desde que me encontró uno de esos libros donde se critica al cristianismo. Siempre ha sido muy dedicado a los estudios, aunque últimamente ha bajado su rendimiento. He tenido que recortarle su mesada, pero es un gran lector, bastante

educado, y, hasta cierto punto, un tanto maduro, para alguien de su edad. Se llama Federico.

Cristian: ¿Quién?

Libertad: ¿En qué planeta andás? ¡Mi hijo!

Cristian: Entonces, ese año en la India...

Libertad: El tiempo justo para que no supieras de él. Sacá las cuentas, ya casi va a cumplir los dieciocho. *(Breve pausa)*. En ese momento no estabas listo para afrontarlo, y quién sabe si hoy estarías listo para una noticia de ese tamaño. Que te queden todas las dudas. Ahora que ya sabés lo de Federico, puedo volar tranquila.

El apagón continúa, ha dejado de llover. La Mujer en silla de ruedas sigue con su avemaría casi inaudible. Federico revisa el celular, le ha caído un mensaje. Regresa la luz.

Mujer en silla de ruedas: ¡Gracias a Dios! *(Pausa)*.

Federico: Mi madre acaba de morir.

Mujer en silla de ruedas: Ya decía yo que esa tormenta no era por gusto. ¿Y de mi esposo te dijeron algo? *(Silencio)*. Perdón. Lo siento mucho, cipote.

Federico: *(Con la mirada fija en la Mujer en silla de ruedas)*. Lo va a sentir más cuando yo le cuente a su esposo... *(Breve pausa)*. A menos que usted se ponga en algo y se saque una pequeña colaboración, ¿veá? Usted ha de pensar que soy un insensible; pero, ajá, el que se murió, se murió. Los problemas les quedan a los vivos.

Mujer en silla de ruedas: Estás loco si pensás que te vamos a dar algo, vos no sabés de lo que estás hablando, lo que andás buscando es que Cristian te pegue una buena cachimbeada cuando se

reponga. Ahorita lo mejor es que vayás pensando en cumplir tu apuesta, ¿o te vas a ahuevar?

Federico no contesta.

Mujer en silla de ruedas: El ateo creyente (*ríe*), quiero ver eso.

Tiritan las luces de la capilla.

Mujer en silla de ruedas: ¡Estas luces ya me tienen china!

La Mujer en silla de ruedas se quita un zapato y se lo tira a una de las dos bombillas laterales que aún están encendidas. La quinta bombilla se apaga.

Cristian: Me dejaste un secreto y te llevaste otro. Siempre tan impredecible. Lo que no te puedo perdonar es que me hayas ocultado lo de Federico. Pobre muchacho, ha pasado tantos años sin una figura paterna, y yo sin saber de él, no es justo, Libertad, no es justo. ¿Cómo no me di cuenta? Debí haberlo sospechado porque nunca me permitiste que llegara a tu casa, mis celos me cegaban, siempre pensaba que quizá tenías a alguien más; pero nunca se me pasó por la mente que era porque tenías un hijo, mi hijo. ¿Me habré topado con él alguna vez en la calle? Me preocupan esas lecturas que dijiste. Ojalá yo hubiera podido guiarlo desde niño para que llegara a ser un gran pastor en la congregación. Ojalá que sea un muchacho honrado, ya con eso me conformo. Pero, al salir de aquí, lo voy a buscar. Voy a intentar recuperar el tiempo perdido, ese tiempo que vos nos robaste, quizá no sea demasiado tarde. (*Se empieza a escuchar, de fondo, el bip intermitente que registra las pulsaciones de*

Cristian en la sala de operaciones. Mira hacia el lado opuesto de la capilla). Estos doctores, se ve que están en problemas. Señor Jesucristo, ahora más que nunca tenés que ayudarme, no me puedo morir. No sin antes haberle dicho la verdad a mi muchacho. Por favor, Jesús, mi Rey, mi Salvador, no me dejés morir. He sido tu siervo todos estos años, he cuidado de mi esposa y he evangelizado a tantas personas. No me podés fallar. *(El sonido intermitente va acelerando su frecuencia).* Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos... *(El bip se queda continuo en este momento).*

La Mujer en silla de ruedas ha ido a buscar su zapato y se ha ubicado frente a la imagen, reza el avemaría casi inaudible.

El teléfono de Federico suena de nuevo, sale de la capilla para contestar.

Federico: Aló... Maje, ya tengo en mis manos a la maitra... no, para nada... tranquilo... sí, sí, yo sé lo que hago... solo dame un par de días... No, tranquilo... sí, yo te lo llevo... Puta, maje, esa amenaza no era necesaria, nunca te he fallado... Vergón, me queda claro, ahí te caigo. *(Baja la voz y se asegura de que nadie lo vaya a escuchar).* Me llevás dos gramos... Aló... Aló... No se te olvide... Aló...

Federico regresa a la capilla.

Federico: Mire, señora, no estoy jugando. En la mañana usted consigue esa feria y me la trae, para el mediodía ya se habrá terminado todo esto. Yo me voy a enterrar a mi mamá y usted queda tranquila con su secreto. No se arriesgue.

La Mujer en silla de ruedas no contesta, se mantiene fija frente a la imagen religiosa.

Federico: Después no se vaya a andar lamentando, pues.

La Mujer en silla de ruedas sigue sin contestar y sin voltear a verlo. Federico revisa el teléfono, le ha caído otro mensaje. Lo lee, se levanta y se pasea de un lado a otro. Preocupado, se dirige hacia la salida de la capilla. Se detiene un momento en la puerta y se regresa. Se queda parado detrás de la Mujer en silla de ruedas. Está a punto de ponerle la mano en el hombro, pero no lo hace. Ella lo nota, pero no voltea a verlo. Ambos inmóviles. Silencio total. Empiezan a tiritar las luces de la capilla sin llegar a apagarse. Ella vuelve a ver las bombillas, eleva su mirada al cielo, toma aire, se persigna, y empieza a retener el llanto, moviendo apenas su cabeza en señal de negación. Luego, vuelve a ver a Federico. Él asiente y agacha su mirada. Las bombillas dejan de tiritar.

Mujer en silla de ruedas: *(Contiene el llanto hasta que ya no puede y grita). ¡No!*

La Mujer en silla de ruedas se desplaza hacia la salida de la capilla. Al llegar a la puerta se detiene, gira la silla hacia adentro de la capilla y mira fijamente hacia la imagen religiosa. Con mucho enojo y con todas sus fuerzas, se dirige hacia la imagen religiosa, se quita el velo de misa que ha estado usando, y lo tira al piso. Federico se ha apartado hacia un costado.

Mujer en silla de ruedas: *(A la imagen religiosa, entre lágrimas).* Con que esas tenemos, ahora resulta que te lo llevás, y me dejás bien jodida después de tantos años de dedicarle mi vida a la iglesia. Entonces *(con sarcasmo)*, “Dio-si-to”, *(viendo y señalando toda la capilla)* todo esto es paja, por gusto las oraciones, por gusto las confesiones, por gusto las ofrendas, por gusto las misas, por gusto la comunión. ¿Y ahora qué se supone que voy a hacer? ¿Darte las gracias por haberme prestado a mi esposo estos años? ¿Empezar de nuevo a rezarte para no quedar desamparada? ¿Hacerle el novenario? ¿O hacerme la del ojo pacho, como hice cuando tuve el accidente? Ahí me truncaste por completo mi sueño de ser bailarina, yo ya había hecho lo que tenía que hacer para cumplirlo. Con eso me gané el infierno y nunca quise darme cuenta, seguí como si nada; pero vos me quitaste ese sueño de un solo, ni tiempo de disfrutarlo un poco me diste. ¿Creés que eso no era suficiente para haber perdido la fe en vos? Por mucho tiempo creí mantenerme firme, o al menos eso quería pensar; ¿pero a quién quería engañar? Hoy logro ver claramente las cosas. Creo que sí me merezco todo lo que me ha pasado, no me voy a poner a tapar el sol con un dedo. Pues, ahí te vas a quedar esperando, te juro que desde que ponga un pie fuera de esta capilla nunca más vuelvo a entrar a otra, no vuelvo a dirigirte la palabra y voy a borrar la palabra fe de mi diccionario. En lugar de pedir café con pan, voy a pedir “ca con pan”. *(A Federico).* Y vos, cipote malcriado, ¿ahora con qué me vas a chantajear? Se te acabó la fiesta. No me puedo perder ese rezo que le vas a hacer a ese pedazo de madera pintada, como vos le decís. *(Ríe descontroladamente).* Y esos dos, que se pudran en el infierno. Y como decía aquel: ¡mil veces malditos!

La Mujer en silla de ruedas se aleja de la imagen religiosa y se ubica a un costado de la capilla. Federico la vuelve a ver. Con una seña ella lo invita a que vaya hacia la imagen. Federico permanece inmóvil unos segundos, luego camina despacio hacia la imagen religiosa y se le hinca enfrente. Breve pausa.

Federico: *(A la imagen religiosa).* Si ayer alguien me hubiera dicho que hoy iba a estar aquí haciendo esto, me hubiera muerto de la risa; pero, ajá, las promesas son promesas. Así que aquí estoy, con mi mamá muerta, como castigo por no creer en vos, según dice esta señora. Ajá, y prometí que si se moría, yo iba a empezar a creer en vos y te rezaría. *(Pausa).* Padre nuestro... *(Breve pausa. Voltea a ver a la Mujer en silla de ruedas. Vuelve a empezar, ora muy despacio, con los ojos abiertos. Mira la imagen, a veces a la Mujer en silla de ruedas, a veces la capilla).* Padre nuestro, que estás en los... que estás en el cielo, glorificado sea tu nombre, venga... venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en el cielo como en la tierra... *(Se levanta, pero se queda frente a la imagen).* Lo jodido es que tiene que ser tu voluntad, ajá, ¿y la de mi mamá dónde quedó? Ah, es que a ella seguramente le encantaba la idea de morirse. ¿Y la voluntad de esta señora? ¿O creés que ella también quería que se le muriera el esposo? ¿Y la del esposo? ¡Por favor! Aquí la pregunta que a huevo hay que hacerse es: ¿qué es más importante, cumplir una promesa o ser congruente? Mi mamá dice que la incongruencia es una debilidad del carácter. *(Breve pausa).* ¡Es imposible cumplir esta promesa!

Mujer en silla de ruedas: Te la llevás de ateo, pero bien que te sabés el padrenuestro, a medias, pero te lo sabés. ¡Ateo hasta que el avión se empieza a caer! *(Breve pausa).* ¡¡Sos un cobarde!! Mejor voy a ver qué dicen los doctores. *(La Mujer en silla de ruedas sale*

de la capilla. Al fondo, se escucha por un momento una sirena de ambulancia. Todo queda en silencio).

Federico se recuesta en una de las bancas. Se queda dormido, sueña. Tiritan las luces de la capilla, y se apaga la sexta bombilla.

En el sueño, Federico está sentado en la banca. Un hombre asoma en el umbral de la puerta de la capilla y se queda parado ahí, en la penumbra.

Hombre: *(Hablando desde la penumbra del umbral, solo se percibe su voz y su silueta).* ¿Vos sos Federico?

Federico: ¿Y vos quién sos?

Hombre: Tranquilo, soy un amigo.

Federico: ¿Quién te ha mandado?

Hombre: Nadie.

Federico: Ni crean que me van a intimidar, decile a ese maje que conmigo se ha equivocado.

Hombre: Soy Cristian, el esposo de la señora que acaba de salir.

Federico: *(Ríe).* Buen chiste. Hace un rato me dijeron que el esposo de la señora se murió. En serio, ¿quién sos?

Hombre: Lamento mucho la partida de tu mamá, yo la conocía, la mujer que se llama como algo que no existe.

Federico lo mira con sorpresa; pero permanece en silencio.

Hombre: Hemos sido muy cercanos.

Federico: ¿Qué quiere decir con muy cercanos?

Hombre: Muchacho, quizá sea algo difícil de comprender para vos en este momento; pero es necesario que sepás que tu mamá y yo nos hemos querido desde hace varios años. Aunque a escondidas de mi esposa, hemos sido una pareja muy unida.

Federico: Usted me viene con el mismo cuento de esa señora. Ya le dije clarito a ella que mi mamá no es de esa clase de personas.

Hombre: Ella nos ocultó un secreto durante largo tiempo.

Federico: ¿Qué secreto?

Hombre: Tu mamá... no es fácil, muchacho... ella...

Federico: Déjese de rodeos, ¡dígallo de una vez! *(Pausa)*.

Hombre: Yo soy tu verdadero padre.

Federico: *(Se levanta)*. ¡¡¿Qué?!! ¡Váyase de aquí o no respondo!

Hombre: Por favor, calmate, dejame explicarte.

Federico: ¿Cómo quiere que me calme? ¡¿Cómo quiere que me calme?!

Hombre: ¡Hijo, por favor!

Federico: ¡No me diga hijo! ¡Yo no tengo papá!

Hombre: Federico, escuchame un momento.

Federico: ¿Qué está pasando?... Esto debe ser una broma... ¿Es una broma, veá?

Hombre: ¿Creés que bromearía con algo tan delicado? Quizá si te digo Friedrich pueda convencerte de que todo esto es cierto.

Federico: Solo mi mamá me dice así. ¿Cómo supo eso? Esto no puede estar pasando, qué dem...

Hombre: Por favor, tranquilizate.

Federico: ¡Yo estoy tranquilo! ¿Qué quiere de mí? Seguramente limpiar su conciencia. Usted es igual que su esposa, se la llevan de puros; pero cargan una gran bolsa de pecados...

Hombre: ¿Puedo darte un abrazo?

Federico: ¿Un abrazo? ¡¿Cómo se le ocurre pedirme un abrazo?!

Hombre: Lo siento mucho.

Federico: ¡Usted está loco! ¿Y de qué le sirve decirme que lo siente? A mí no me sirve de nada... *(Pausa. Ahora en tono conciliador, insinuante)*. Pero, claro, si su disculpa fuera acompañada de alguna ayudita, usted sabe, hoy el tiempo está cabrón, tal vez

podría considerar ese abrazo. *(Siempre en el sueño, la silueta, paulatinamente, se retira de la capilla).* Pero no se vaya, yo también tengo un secreto que contarle...

Federico sigue soñando en la banca. Hace leves movimientos y balbucea. Se empieza a escuchar que la Mujer en silla de ruedas viene lamentándose desde afuera de la capilla. Federico empieza a despertar con los lamentos. La Mujer en silla de ruedas entra a la capilla, alzando la voz. Federico se despierta por completo y se levanta totalmente asustado por lo que ha soñado. Mira a todos lados, como buscando a alguien.

Mujer en silla de ruedas: ¡Es cierto!... ¡Es cierto! Tenía la esperanza de que me dijeran que era una equivocación; pero es cierto. *(Señala a la imagen religiosa, desde media distancia).* ¡Y todo es por tu culpa! Pero se acabó. No más iglesias, no más espera de milagritos. ¡Pecadores, a sus pecados!

La Mujer en silla de ruedas se desplaza en dirección de la imagen religiosa. La mira con desprecio. Se ubica en el pasillo central de la capilla, en dirección de la salida.

Mujer en silla de ruedas: *(A Federico).* Me has decepcionado, pensé que eras alguien de palabra. No se puede confiar en alguien que ni siquiera da su nombre.

La Mujer en silla de ruedas comienza a desplazarse muy lentamente, derrotada, hacia la salida, con la mirada fija al frente.

Federico: Quizá usted tenga razón, no se puede confiar en alguien que no da su nombre. Por cierto, ¿y usted cómo se llama?

Mujer en silla de ruedas: *(Sin detenerse). Milagro, cipote. (Lo vuelve a ver por última vez). ¿Podés imaginarte? (Ríe). ¡Milagro! ¡Me llamo Milagro! (Sigue su camino hacia la salida. La bombilla que está sobre la puerta, la única que ha quedado encendida, empieza a tiritar. Justo cuando ella cruza el umbral, la bombilla se apaga. Sigue su camino, como si nada).*

Federico la mira salir. Se acomoda de nuevo en la banca con intención de volver a dormirse. Pausa. Le suena el celular. Lo mira con desprecio, lo apaga y lo guarda. A lo lejos pasa una ambulancia. Se escucha que el viento aún sopla afuera, se cuele una fuerte ráfaga por la ventana de la capilla. Se mueven las cortinas. El velo blanco, que aún sigue en el piso, vuela hasta caer sobre Federico. Él lo siente, lo toma. Sentado, lo observa por un momento. Se levanta y lo tira al basurero. Revisa la pequeña canasta para ofrendas, toma las monedas y los billetes, más o menos los cuenta, los mete en su bolsillo y, con un soplido, apaga la veladora que ha estado alumbrando la imagen religiosa.

Los Del Quinto Piso

15 años de Teatro

Publicación al cuidado de Jorgelina Cerritos y Víctor Candray
Revisión de texto: René Figueroa

El Salvador, 27 de marzo, 2024